

La institución no varía

E.
MIRET
MAGDA
LENA

HEMOS contemplado, a través de nuestra prensa, cómo a los obispos de El Palmar de Troya (esos confusos videntes de la Edad Media, trasplantados por arte de magia a nuestro mundo moderno) se les ha fulminado con los rayos de la excomunión, como ocurría en los peores tiempos de la Iglesia. Y, por si esto fuera poco, han tenido que pasar estos retrógados clérigos por la intervención contra ellos del brazo secular para impedir que sigan celebrando públicamente Misa y que no lleven los inocentes atenuados propios del anacrónico Derecho Canónico. La Santa Sede ha gastado sus energías en conminar a estos pobres iluminados que hacen estampa de otras épocas con sus reglas infantiles y sus profecías apocalípticas.

Al tesorero mosén Dalmau, el crítico de la obediencia ciega y del Opus Dei y sus métodos apostólico-ascéticos, se le ha exigido una especie de abjuración de los "errores" contenidos en sus publicaciones de hace dos años (que hoy parecen normales en la Iglesia), recordando aquellos Tribunales inquisitoriales que desaparecieron de Europa a partir del siglo XVI, pero se implantaron entonces en España por exigencias de nuestros Reyes Católicos, de tan triste memoria evangélica, y que todavía brotan aquí y allá en nuestro suelo. Es verdad que el obispo no se ha atrevido a usar todas sus facultades conminatorias, y se ha contentado con un arreglo. Pero la estructura de los hechos es la misma por mucho que se suavicen sus aristas.

Hace bien pocos años —por arte de unos Tribunales eclesiásticos— estuvo a punto de pasarle algo parecido, pero más duro, a un buen amigo cura que hace profesión de periodismo crítico, y molesta a quienes quieren seguir manteniendo la hegemonía del mando, del poder y de la influencia. Sólo el temor al escándalo público paralizó el trámite comenzado, que me recordaba aquellos interrogatorios que sufrieron por causa de nuestra Inquisición el arzobispo Carranza o San Ignacio de Loyola.

A los curas que —acertados o no en el detalle— se les ocurre compensar los años de nacional-catolicismo hispano que hemos sufrido sin derecho a otra opción, y lo hacen con su abierta actitud social y humana, son fácilmente trasladados o pasados al ostracismo, cuando son civilmente incómodos a sus obispos y sin que les quede posible apelación. Los ejemplos, más o menos recientes en varias diócesis, son de todos conocidos, y a veces los realiza algún obispo que le gusta

presentarse al público como liberal.

Y ahora, para final, tenemos el caso del arzobispo francés monseñor Marcel Lefèbvre. Yo he seguido sus pasos desde hace años, y en la época del Concilio ningún obispo galo le podía ver como colega porque resultaba incómodo a sus sinuosas adaptaciones poco profundas. Al final, estos "abiertos" obispos le condenaron poco a poco al ostracismo. Y para seguir manteniendo sus posturas tuvo que inventar un seminario en Suiza al gusto de Trento —que es el que más le atrae—, aunque a nuestro gusto resulte claramente anacrónico. Pero sobre gustos, la verdad es que no hay nada escrito.

Cualquiera que haya tenido la paciencia de conocer los hechos habrá podido comprobar que monseñor Lefèbvre es una estampa que ayer hubiera sido considerada como la de un santo de pureza y ortodoxia, que sin duda podía haber sido elevado a los altares como modelo admirable e imitable por todos. Hoy las cosas han variado externamente tanto que su figura —la misma figura de "ejemplar" ortodoxia de hace unos pocos años— resulta sin atractivo para los vientos posconciliares que hoy corren y que a tantos, como a mí, son los que más nos atraen.

En Madrid hace pocos meses tuvo que medio esconderse, y sólo le pudieron escuchar —mediante rigurosa invitación— un puñado de amigos. Su libro escrito en francés, "Un obispo habla", se facilitó casi secretamente: aquí, en nuestro país, no se vende públicamente.

Y, ¿qué es lo que dice? Lo que ayer era casi un dogma de fe en la práctica de muchos católicos: que la Misa debe decirse en latín; que el ritual de San Pío V es el que debía seguirse, que las verdaderas costumbres cristianas son las decimonónicas, que el único catecismo para la actualidad es el antiguo catecismo de Trento y que el sacerdote debía llevar el traje talar habitual hasta hace poco. Todo ello es lo que prefieren estos nostálgicos del pasado a la Misa actual, cuya única modernización es que se dice en castellano y se adorna con música de guitarras; les gusta más la antigua traducción del Credo y las antiguas oraciones de la Misa que las versiones actuales que resultan superficiales a los oídos acostumbrados a la precisión latina; que se oponen a las costumbres desgarradas de algunos católicos que ingenuamente se creen modernos por seguirlos, y que no les gusta el Catecismo Holandés ni tampoco el atenuado de los curas "hippies".

Yo, por supuesto, pienso lo contrario que el obispo Clemente o que monseñor

Lefèbvre; pero me digo, sin embargo: ¿es manera propia de quienes baten palmas por el Concilio Vaticano II y de los tiempos de pluralismo que corremos y de defensa de la libertad de expresión el seguir imponiendo una fachada seudoliberal y seudoprogresista a golpe de maza?

No, y cien por cien veces, no. Lo que molesta de la institución a quienes queremos vivir progresivamente no es tanto su signo de ayer o de hoy como su estructura dominadora de fondo. Es verdad que quienes como yo hemos luchado lo indecible por ser de izquierdas en la Iglesia desde los difíciles años del nacional-catolicismo preferimos y luchamos por el progreso y no por el retroceso; pero lo que no podemos admitir es o la superficialidad o que, bajo fachadas más atractivas al gusto de hoy, sigamos igual que antes en el fondo, y pretendamos seguir así, engañando a los ingenuos que se atraen solamente por el oropel sin profundizar en la verdad que hay por dentro.

No puedo, por ejemplo, comprender que todavía se echen las campanas al vuelo protestando por las críticas hechas al Papa por su desacierto metiéndose en la política de Italia, cuando desde hace siglos la doctrina oficial de la Iglesia —como enseñaba en el siglo XIII Santo Tomás— expone la gravísima obligación de la corrección fraterna del inferior al superior cuando sus errores son públicos y cuando hoy se dice en los documentos de la Iglesia que los seglares debemos ser mayores de edad, tener una opinión pública en la Iglesia y criticar los fallos que son escandalosos. Tampoco puedo entender que se nos ponga en guardia contra estos inocentes retrógrados que aquí cito. Porque esta actitud solo revela que en la institución eclesiástica nada ha cambiado en el fondo; sólo cambiaron las tácticas y las concesiones oportunistas. Es la misma regla que se propagó en el siglo pasado: libertad para todos cuando somos los menos y ausencia de ella cuando somos los más.

No nos engañemos. Por más que se adorne, la gran institución poco ha cambiado en el fondo. ■